

ABC Cultural

Número 286

25 de abril de 1997

LA SONORIDAD DE LAURA LÍO

Galería Estación Central
Doctor Fourquet, 9, Madrid
Hasta el 16 de mayo
De 100.000 a 650.000 pesetas

COMO la música se construye sobre el tiempo, y la escultura es un arte eminentemente espacial, no resulta fácil prepararles una cita en donde se encuentren bien avenidos. Es cierto que los instrumentos musicales, del violín al trombón, y del gong al piano, integran también rasgos escultóricos, pero están tan determinados por su función que no resulta posible dejar de verlos como una especie de promesa de las volutas, opacidades, desmayos y entusiasmos de la música.

Las esculturas de Laura Lío (Buenos Aires, 1967) que tienen el aire de haber sido sacadas de los cuadros metafísicos de Chirico o Carrá, han sido construidas más que talladas. Trabajo de carpintería en que lo artesanal ha alzado el vuelo persiguiendo la belleza más allá de la utilidad, pero dejando visibles las huellas del trabajo humano, de la técnica manipuladora con la que se hace palpable la idea que las impulsó. La verticalidad les da evidente presencia humana, de divinidades erguidas en honor del oído. Porque el rasgo más característico de las obras de esta escultora es el componente sonoro que todas

sus piezas llevan cifrado en el interior. Es el alma de las esculturas, como dice Marcos Ricardo Barnatán, en el texto que acompaña el catálogo de la exposición. Otras veces, son torres cuyas ventanas están hechas de planchas de metal, otras son esbeltas composiciones de cuyo torso sobresale la manivela de una carraca ronca, una es una noria de campanillas que cae como una cascada de bucles coronando un perfil brancusiano. Es difícil en estos casos determinar la preeminencia de lo sonoro sobre lo volumétrico, o al revés. No parece que se privilegie ni lo uno ni lo otro. Los componentes plásticos del metal o las sonoridades rugosas de la madera configuran un todo en que lo visible no cede su lugar a lo auditivo. Sin embargo, experiencias como el concierto que hace años interpretó Llorenç Barber con estas y otras piezas produce la impresión de que sólo adquieren su plenitud de sentido al ser pulsadas por una mano sabia.

Hay demasiadas ambigüedades en estas construcciones, que «encantan» más a primer oído que a primera vista, y que sin embargo tantean un camino del que probablemente su autora no pueda regresar. Esperamos que en sucesivas muestras estas tentativas se hagan más sólidas o más sonoras, lo que en todo caso las hará más rotundas.

José María PARREÑO